

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR

En vísperas de Navidad, cuando yo iba a la escuela, se me ocurrió preguntarle al maestro si estarían o no en lo cierto los *pessebristes* al representar el Nacimiento del Señor en las ruinas de un portal más o menos suntuoso como comunmente solía hacerse y se hace aún en la actualidad. Admito —dijo aquél— ciertos motivos arquitectónicos que sirvan a embellecer o a dar más empaque a la obra de nuestros artistas, siempre sin embargo que se coloquen a distancia del auténtico *Nacimiento*. Porque este gran suceso que cambió la faz del mundo, no debe representarse en un portal o casa en ruinas sino en una cueva o roca excava inmediata a Belén en la que tuvo que recogerse la Sagrada Familia.

Dispuso César Augusto después de haber pacificado todo su Imperio y de haber cerrado por tercera vez el templo de Jano para demostrar que renunciaba a la guerra, hacer un censo general en todas las provincias y en los países que de él dependían a fin de cerciorarse del número de sus súbditos y de la cantidad de sus rentas, nombrando para este objeto veinticuatro comisarios.

Después de la publicación del Edicto de Augusto, por ser José oriundo de la casa de David, abandonaba la pequeña ciudad de Nazaret de Galilea donde habitaba, dirigiéndose a Judea, al pueblo de David llamado Belén, para hacerse encabezar con Maria, su esposa, que estaba encinta. Puede decirse que Belén no era entonces sino un lugarejo de la tribu de Judá, distante escasamente unas dos leguas de Jerusalén y situado sobre un monte en cuyos alrededores habianse ahondado algunas cuevas destinadas al cobijo del ganado.

Cuando José y su esposa llegaron a dicho lugar, cumpliase el tiempo del glorioso parto de Maria. Y allí, en las afueras de dicha población, en una de aquellas cuevas-establo, y puesto que en Belén no habian encontrado posada en que alojarse, el día 25 de Diciembre, en el solsticio de invierno, según la antigua tradición de la Iglesia, siendo aquel el año 749 después de la fundación de Roma y el vigésimo séptimo del reinado de Augusto, dió Maria a luz su Hijo primogénito. Envolvió la Santísima Virgen al divino Niño en sus pañales sin haber necesi-

tado de los auxilios ordinarios que su parto requería, y lo acostó en el pesebre de la cueva.

Los pastores de aquellos lugares que se quedaban de noche en el campo velando por turno en la guarda de sus ganados, viéronse en plena noche rodeados de una luz sobrenatural que los llenó de estupor. Luz divina aquella que teñía los establos de múltiples y suaves colores revelando en el semblante de los estáticos pastorcillos el principio de enheladas venturas.

Cual estrella animada, rompiendo el negro manto de la noche, descendía de los fértiles y luminosos jardines de la gloria un ángel del Señor que venía a anunciar el fausto suceso: «No temais —les dijo— porque vengo a traer una noticia que será para todo el pueblo motivo de gozo; y es que hoy, en la ciudad de David, os ha nacido el Salvador. Por esta señal lo reconoceréis: encontraréis un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» Y luego, según el Evangelista, apareció una multitud de criaturas celestes que alababan al Señor junto a la humilde cueva, Y este era su cántico: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...»

La fiesta de Navidad adquirió desde los tiempos antiguos una solemnidad singularísima, y las expansiones de gozo de la Iglesia extendiéronse en algunos países hasta la Epifanía, siendo considerados los días que median entre estas dos fechas como otros

tantos de rígido descanso. Hoy día vanse olvidando o arrinconando muchas costumbres, tales como sus típicas ferias que le dieron animación y color y que brillan aún entre los recuerdos. Las grandes ciudades se ensanchan más y más, el tráfico aumenta y hay que cubrir las distancias amoldándose necesariamente a las exigencias de la vida moderna. De ahí la desaparición de ciertas expansiones que dieron carácter a los días navideños y a su vigilia. Mas no por eso dejan de considerarse aún como una costumbre heredada, como tradición esencialmente nuestra que rinde al hogar fervoroso culto. He aquí su verdadera salsa: esa tradición que no debe desaparecer, que reúne a las familias en santa comunidad, en asamblea santa que se conmueve cuando en ella preside *l'avi* o *el padrí*...

Admitiendo que el día de Navidad pese a sus refinamientos, venga a ser, aunque con otro aspecto, una muestra de lo que fué y de lo que representa, no dejemos que pierda su aroma y los colores de antaño. No permitamos que se convierta simplemente en *fiesta báquica* como algunos dieron en llamarla. Porque sin el encanto de aquellas costumbres, sin su sagrado fuego, su *pessebre*, su *rabadà*, su *tió*, sus *estrenes*, sin nada nuestro, en fin, resultaría tan desdibujada, tan descolorida y tan sin vida y sin ambiente que sería preferible borrarla del calendario.

J. Soler Cazeaux

EN SUS FIESTAS...

L A V E R N O Y A

Lacríma Baccus

el viejo Champaña de Cavas Lavernoya

Agente de ventas para la provincia

R. VANCELLS GROS

Carretera de Gerona 12 - Tel. 110

SAN FELIU DE GUÍXOLS